

dención, de cualquier modo que sea, siempre y cuando estén las demás disposiciones de espíritu, de corazón y de cuerpo. A la Iglesia le toca juzgar la autenticidad de este llamamiento, a través de los obispos y superiores, de modo que de interior se vuelva efectivo y público.

La vocación no es fruto de un llamamiento milagroso o extraordinario, sino el florecimiento de un alma cristiana que se aferra a su Creador y Salvador Jesucristo con amor exclusivo, y comparte su sed de salvar almas.

El futuro sacerdote se dice: *Un día me enviarán para convertir a las almas, darles la luz que tanto necesitan y conducirlos a la vida eterna.* ¡Qué alegría participar en la misión de Nuestro Señor Jesucristo y en la misión sacerdotal! ¿Puede haber algo más hermoso en este mundo? No hay nada parecido a la misión sacerdotal. Alegraos y dad gracias a Dios.

Vuestra vocación es hermosa, queridos amigos; aferraos a ella y profundizadla; sea para vosotros, no sólo una simple adhesión intelectual o una búsqueda de conocimientos, sino una vida y una transformación de vuestras almas en la persona de Nuestro Señor Jesucristo y en la Santísima Trinidad.

Oración por las vocaciones.

Señor Jesús, Buen Pastor, que vinisteis a buscar las ovejas descarriadas para salvarlas, e instituisteis el sacerdocio para continuar vuestra obra hasta el fin de los siglos, os rogamos insistentemente:

¡Enviad obreros a vuestra viña! Otorgad santos sacerdotes a vuestra Iglesia; enviadle también religiosos y religiosas. Llenad las familias cristianas del amor al sacerdocio y del espíritu de sacrificio, para que todos los que habéis elegido respondan fielmente a vuestro llamado.

Sostened a todos los sacerdotes, religiosos y religiosas, en su ardua misión. Que sean fieles a la Tradición católica, con la oración, en sus palabras y con el ejemplo, para extender vuestro Reino sobre las sociedades y en el corazón de los hombres, y así llevar a la vida eterna al mayor número posible de almas. Amén.

Señor, danos sacerdotes.

Señor, danos santos sacerdotes.

Señor, danos muchos santos sacerdotes.

Señor, danos muchas santas vocaciones religiosas.

Oh María, Madre del Sacerdocio, ruega por nosotros.

San José, Patrono de las vocaciones, ruega por nosotros.

San Pío X, ruega por nosotros.

Hojitas de Fe

Si quieres... sígueme

52

13. Vida consagrada

Pensamientos de Monseñor Lefebvre sobre la vocación sacerdotal

Con motivo de la novena para pedir vocaciones sacerdotales y religiosas, que como cada año se realizará en nuestro Distrito, desde el lunes 25 de agosto hasta el martes 2 de septiembre, vigilia de la fiesta de nuestro patrono San Pío X, parece oportuno presentar algunos textos de nuestro fundador, Monseñor Marcel Lefebvre, sobre la vocación sacerdotal.

1º El llamamiento de los Apóstoles y el de los seminaristas.

Nuestro Señor quiso **elegir a determinados hombres** para que participaran en la obra que había venido a realizar en la tierra. Les dijo: «*Seguidme a Mí, y Yo os haré pescadores de hombres*». Y dice el Evangelio que, «*dejadas las redes, lo siguieron*» (Mt. 4 19-21).

Más adelante, también en San Mateo, leemos: «*Habiendo convocado a sus doce discípulos, les dio potestad para lanzar los espíritus inmundos... [...] Los nombres de los doce Apóstoles son éstos...*» (Mt. 10 1-2).

Todas las consideraciones que siguen en el capítulo 10 de San Mateo son hermosísimas y admirables, y nos resultaría provechoso repararlas.

En el Evangelio de San Marcos hay un pequeño detalle que no está en el Evangelio de San Mateo: «*Y subiendo a un monte, llamó a Sí a los que Él quiso; y vinieron a Él*» (Mc. 3 13). Ese pequeño detalle que da el Evangelio sobre Nuestro Señor en la montaña, es curioso y muy hermoso. Ya sabéis que, en la Escritura, la montaña es figura de Cristo. Se va «*a la montaña que es Cristo*» del mismo modo que se sube al altar, que también es una montaña que representa a Cristo. Subimos hacia Cristo. También Él quiso subir a la montaña para llamar a los Apóstoles y manifestarles así la separación del mundo que esperaba de ellos, mediante lo cual les pedía que dejaran el mundo, para estar así aún más unidos a Él.

¡Qué lección para los seminaristas es el pasaje del Evangelio en que Nuestro Señor llama a los Apóstoles! «*Dejadas todas las cosas*» (Lc. 5 11), ellos también dejan su lugar, sus padres y su familia. Dejan todas las cosas para seguir a Nuestro Señor Jesucristo y vienen al seminario, como los Apóstoles se fueron al seminario de Nuestro Señor, en el cual pasaron tres años, escuchándolo, viéndolo obrar, y admirando su enseñanza y sus virtudes.

De igual modo, los seminaristas meditan las enseñanzas de Nuestro Señor transmitidas por medio de la Iglesia de siempre, y meditan sus virtudes y procuran imitarlas.

«*Ámame un poco más que los demás, entrégate a Mí completamente y para toda la vida*». Escuchando este llamamiento, algunos jóvenes se preguntan: *¿Por qué no seguiría yo a Nuestro Señor más aún, más completamente, para subir al altar y ofrecer el santo sacrificio, ofreciéndome también yo como víctima en unión con la Víctima que se ofrece en el altar?* En esto consiste la vocación del sacerdote.

Tal joven, ayudando a misa, se dice un día: ¡Ah, sí!, quiero subir al altar para ofrecer la misa como mi párroco, o como el sacerdote al que he ayudado a misa. ¡Es algo tan hermoso que tengo la impresión de ver lo divino! Quiero ser sacerdote como él y quiero dar a Cristo a los demás. Ahí nació su vocación, insensiblemente, y un buen día toma la decisión: *Quiero ser sacerdote*.

Ha sido llamado por el Espíritu Santo para realizar su vocación como clérigo de la Santa Iglesia. Piensa que *también él podrá participar, aportando su partecita, en la obra de la Redención*. Movido por este ideal, viene a ofrecerse generosa y valientemente, abandonando todos los demás sueños que hubiera podido tener en su juventud. En adelante será un instrumento de Dios.

Donde Dios está presente, suscita vocaciones. Las almas que tienen contacto con el Cielo sienten el deseo de él. Las almas que entran en contacto con la eternidad se desprenden del tiempo. Se desprenden de las cosas creadas, y eso es lo que suscita en ellas el deseo de entregarse enteramente a Dios. Esta es la verdadera fuente de las vocaciones.

Creo que sería una ingratitud no evocar **el papel de la familia cristiana en la vocación sacerdotal o religiosa**, pues ciertamente debemos gran parte de nuestra vocación a nuestros queridos padres. Ellos, con su ejemplo, consejos, oración y devoción, pusieron en nuestras almas el germen de la vocación.

Tenemos que desear que haya muchas familias cristianas que favorezcan el desarrollo de buenas y santas vocaciones.

El joven sólo puede escuchar este llamamiento de Dios **mediante una gracia sobrenatural**. Por eso, el mundo no lo puede comprender.

Los jóvenes del mundo se dicen: *No entiendo qué le ha pasado por la cabeza para ponerse una sotana y encerrarse en un seminario ¡Resulta increíble, increíble!... Rechazar los placeres de los sentidos y la riqueza, querer vivir en la pobreza y vivir únicamente para los demás y no para sí mismo... ¡Ha perdido la cabeza!...*

La gente que tiene el espíritu del mundo no puede comprender su vocación; les resulta un gran misterio.

Con este ejemplo, sin embargo, quizás podamos abrir los ojos de quienes viven egoístamente, y llevarlos a preguntarse: *Si hay jóvenes sensatos y serios a tal punto que lo abandonan todo para entregarse a Nuestro Señor, ¿nos vemos obligados a creer que Él sí existe!*

2º Elegidos por Nuestro Señor y llamados por la Iglesia

Esta elección tan particular de Nuestro Señor es un gran misterio. En las páginas del Evangelio que narran la vocación de los Apóstoles se dice claramente: Nuestro Señor «*llamó a Sí a los que quiso*» (Mc. 3 13) y escogió a los Doce. De igual modo, Nuestro Señor llama hoy a los futuros sacerdotes.

San Pablo afirma que son llamados y no se eligen a sí mismos. «*Nadie se atribuye este honor, sino sólo el que es llamado por Dios*» (Heb. 5 4). Los seminaristas son llamados, y este llamamiento constituye su vocación. No se trata tanto de su deseo personal. Su deseo personal es como una consecuencia del llamamiento de Dios.

Podéis repasar en la memoria la historia de vuestra vocación, y os daréis cuenta de que es Dios el que os llamó secretamente. «*No me habéis elegido vosotros a Mí —dice Nuestro Señor—, sino que Yo os he elegido a vosotros*» (Jn. 15 16). Él nos ha elegido y, sin embargo, queridos amigos, ¿no tendríamos alguna vez la impresión de habernos escogido nosotros mismos, de haber recibido nosotros mismos nuestra propia vocación y haber dicho: Quiero ser sacerdote y elijo el sacerdocio?

¡Qué ilusión! Eso sería desconocer la omnipotencia de Dios, que nos guía mucho más de lo que podemos guiarnos nosotros mismos. Nuestro Señor nos condujo al seminario y eligió para nosotros esta vocación sacerdotal, de modo que realmente hemos sido elegidos y enviados al mundo por Él. Esto ha de sernos un gran consuelo, pues ante esta vocación que supera todo lo que una criatura humana puede imaginar, habiendo sido elegidos por Dios, confiamos que Él nos sostendrá con su mano en nuestro apostolado y en nuestra santificación sacerdotal. Esto constituye un gran apoyo para el sacerdote.

El día de la tonsura, los seminaristas hacen oficial el llamamiento de Dios a través del llamamiento de la Iglesia; motivo por el cual ese día, cuando los llama el obispo, responden: «*Presente*». Sí, quiero entregarme a Dios y entrar al servicio de Nuestro Señor Jesucristo. Esta respuesta se asemeja a la que la Santísima Virgen, pronunciando su *fiat*, dio al ángel que le anunciaba que Dios la había elegido para ser Madre de Dios. El día de la tonsura, los seminaristas pronuncian también su *fiat*.

En ese momento la Iglesia los llama y los consagra como miembros de la jerarquía. A partir de ese momento dejan de ser laicos para pasar a ser clérigos, «*ministros de Nuestro Señor Jesucristo y dispensadores de los misterios de Dios*» (1 Cor. 4 1). ¡Qué vocación admirable! ¡Qué vocación sublime!

La vocación consiste esencialmente en el llamamiento de la Iglesia, que confirma el deseo y las disposiciones necesarias para colaborar con la obra de la Redención deseada y realizada por Nuestro Señor, para dar gloria a Dios y salvar a las almas de este modo.

La primera señal del llamamiento de Dios es el deseo de ofrecer la propia vida y ponerla a disposición de Nuestro Señor para ayudarle a consumir la obra de la Re-